

PQ 2625

.E53

N68

v. 1



25288

UNA NOCHE DE BODAS.

I

EL PACTO.

El 5 de Enero de 1860, á las nueve de la noche, se habian reunido cuatro jóvenes en el café Inglés, en derredor de una mesa en la que el rico servicio de porcelana y cristal despedia vivos reflejos á la luz de arañas y candelabros.

Todos los *gentlemens* del orbe que han residido en Paris conocen, á lo menos de fama, este célebre café situado en la esquina del boulevard de Italia nos y de la calle de Marivaux.

La escena pasaba en un gabinete.

La comida iba á terminar.

No habia ningún oriado.

Las puertas, terminado el servicio, estaban cuidadosamente cerradas.

El comensal que parecía presidir aquel festín íntimo, hizo con la mano una señal para reclamar silencio, y sin levantarse, pronunció las siguientes palabras:

—Señores, nos hemos reunido con un objeto serio. Creo llegado el instante de ocuparnos del asunto que aquí nos ha traído.

Los otros tres dieron muestras de asentimiento.

El orador era de mediana estatura, recio y cuadrado de hombros. Vestía frac negro y corbata blanca. Tenía cabellos castaños, casi negros, muy espesos, bastante bastos y cortos, pómulos salientes, fuertes mandíbulas, nariz achatada y fisonomía vulgar aunque enérgica y realzada únicamente por el brillo intenso de sus ojos penetrantes, gris de acero, singularmente expresivos.

Frente á él se hallaba un joven que pudiera tomárselo por su sombra, tan notable era su parecido.

Los otros dos, sentados á derecha é izquierda ofrecían también algunos rasgos de semejanza, que indicaban más bien que parentesco, comunidad de raza.

Los cuatro, en efecto, eran oriundos de Bretaña.

El de la derecha, alto y flaco, de rostro afable y benévolo, cabellos rojos y ojos del color azul propio de la raza celta, se llamaba el conde Hugues de Plelau.

Al salir de Sainte-Barbe, donde había hecho sus estudios con sus tres amigos, se había matriculado en la facultad de medicina. Los otros estudiaban en la escuela de derecho.

Hugues de Plelau diseccionó cadáveres durante cinco años y estudió á fondo la anatomía, la química, el *Codex* y todas las ramas, en fin, de la á menudo ilusora ciencia de curar.

Tomó la investidura de doctor, no para tener una profesión de que vivir, sino por gusto, por emplear útilmente el tiempo, por ser útil á sus paisanos, cuando se retirase al fondo de su Bretaña, á la vieja mansión que sus padres habían habitado durante toda su vida, y antes de ellos sus antepasados.

Plelau es una aldea de la circunscripción de Ploermel, en el Morbihan.

Los médicos no abundan en ella y el conde Hugues pensaba tener allí campo libre y vasto donde ejercer gratuitamente su profesión.

El comensal de la izquierda era un joven de la misma estatura, pero chispaante y malicioso, de crespos cabellos, gruesos labios y excelente humor. Transcurridos algunos años, debía hacer casi célebre el nombre de Jorge Renaudet. En los últimos tiempos del imperio pasaba por una de las glorias del foro parisiense, y en lujoso despacho de la calle de Cambon vió, entre sus cuatro paredes forradas de terciopelo verde, desfilar clientes sin cuento, y oyó secretos interesantes, algunos de los cuales podrían servir de asunto á conmovedores relatos.

El orador se llamaba el barón Noel Bresson.

El que se parodiaba á él era su hermano menor, Santiago Bresson.

Ambos desde época ya lejana, se hallaban al frente de la casa de banco tan conocida en el comercio serio y formal con la denominación de «Bresson hermanos.»

Los Bresson, de antigua familia dedicada á operaciones financieras, gozaban de universal reputación de honradez.

Todos los comerciantes de buena ley conocen el camino de las oficinas de la calle Bergere, y la caja Bresson no se ha cerrado nunca, ni aun durante el formidable cataclismo de 1848.

Los Bresson tienen el título de barón desde el primer imperio.

Su abuelo, Noel Bresson, cuyo nombre lleva en la familia el hijo primogénito para honrar al antecesor, era proveedor de Napoleón durante las campañas de Austerlitz y Jenna, y muy estimado por el emperador, que sabía apreciar el mérito de los hombres.

Los Bresson, aparte del talento administrativo de que gozan, tiene una terquedad más que mediana.

Han conservado todas las virtudes de su raza y algunos de sus defectos.

Un grueso clavo de aloceano morbihanés no es menos duro que el cráneo de estos hombres metalizados, y solo ciertos mulos del Poitou pueden competir con ellos en obstinación.

En ciertas ocasiones, fuerza es corfesarlo, la ter-

quedad elevada á semejante grado, llega á ser de incalculable poder.

Muy honrados, por otra parte, leales á toda prueba y poseedores de estimación tan bien adquirida como su fortuna, merecen ayudas de toda ley.

—Creo, respondió el barón Noel, después de haber consultado con la vista á sus tres amigos, que somos del mismo parecer respecto á las bases de nuestro acuerdo.

—Completamente, dijo Renaudet.

—¿Nos obligamos, bajo juramento, á prestarnos apoyo y auxilio en todas las circunstancias de la vida?

—Entiendo y os agradezco vuestra generosidad, añadió Renaudet. Plelau es, si no rico, independiente por lo menos. Noel Santiago posee millones. Yo soy el único que nada traigo á la asociación.

Renaudet era hijo de un simple molinero de Morbillan, en los alrededores de Scaer, casa patrimonial de los Bresson é inquilino de Plelau, dominio del conde Hugues.

Los Bresson y el conde le habían ayudado con su bolsillo durante sus estudios, dispensándole también su poderosa protección.

—Nos basta tu amistad, dijo el barón Noel. Hace quince años que nos conocemos. Te apreciamos como mereces. Eres un buen compañero, y llegarás por tus méritos á una posición honrosa. Presigo. Al primer llamamiento de uno de nosotros, acudirán los demás. Nos ayudaremos enérgica-

mente en el peligro. Juramos avisarnos y defendernos reciprocamente, ya se trate de la fortuna, del honor, de la familia ó de cualquier otro interés.

Todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Esta alianza debe permanecer secreta. Ni mujeres, ni hijos la conocerán. Nos basta nuestra palabra. Para perpetuar el recuerdo del compromiso de honor que nos obligó, he hecho grabar tarjetas con nuestras iniciales y una fecha: 5 de Enero de 1860. Hélas aquí.

Cada comensal tomó uno; chocaron las copas, y el baron Noel llamó.

—La cuenta—dijo.

Esta alianza tan sencilla y dignamente estipulada, no se había hecho á la ligera.

Los cuatro amigos se profesaban grande estimación.

Unidos desde su infancia como los dedos de la mano, estaban seguros de que aquel compromiso se cumpliría rigurosamente.

Fueron á terminar la velada en la Opera, donde se cantaban *Los Hugonotes*.

En la bendición de los puñales, se miraron, y no pudieron menos de sonreirse.

Su asociación, para permanecer sumergida en el más profundo silencio, no ocultaba objetos novelescos ni proyectos ilícitos contrarios á las leyes de la moral ni á la del código del honor.

Debía ser más tarde pue ta á prueba en una aventura imposible de prever entonces.

No produjo al principio más que un efecto: el de mantener entre ellos la más estrecha amistad y allanar á Jorge Renaudet, el nuevo favorecido por la fortuna, los obstáculos que encuentra, entre la compacta muchedumbre de concurrentes, un joven ambicioso que trata de abrirse camino en cualquier carrera.

Los Bressen, que acaban de heredar de su padre y poseían cada uno más de quince millones, destinados á duplicarse en diez años durante el periodo de febriles especulaciones que siguió á la comida en el café Inglés, le apoyaron poderosamente.

Le procuraron multitud de clientes escogidos entre los industriales que frecuentaban su casa.

Un banquero es una especie de consejero y de confesor para los comerciantes á quienes sostiene y patrocina.

Gracias á los dos hermanos, Renaudet fué en poco tiempo uno de los abogados que más trabajaban en Paris y no tardó en hacer una fortuna considerable.

Hugo de Plelau, que sólo poseía un capital de cien mil francos, además de sus propiedades, y que no sentía el estímulo de la ambición ni la codicia, se limitó á dividir el tiempo entre el pequeño entresuelo que ocupaba en la calle Trouchet y su hacienda de Bretaña.

Aquella hacienda, capaz de deslumbrar con su extensión á un habitante del Mocráis, acostumbrado á apreciar por piés el suelo, comprendía un bos-

que, una landa tan inmensa como inculta, llena de estanques, y una docena de granjas.

En junto dos leguas cuadradas de superficie: que un año con otro no producen más de treinta mil francos de renta.

Debemos reconocer que el conde es el más bondadoso de los propietarios.

Sus gastos nunca escendían del producto de su hacienda, administrada por una familia de antiguos servidores, los Rebec, que se componían veintitrés años más tarde sólo de sus personas, el padre Lorenzo Rebec, y una hija de dieciocho años, Ivona Rebec, de la cual era padrino el conde.

El conde vivía de sus rentas y no se cuidaba jamás del producto de su capital depositado en la caja de los Bresson y encomendado á sus cuidados.

Lo reservaba para el incierto día en que habría de casarse para que no se extinguiese el linaje de los Plelau, que se remonta á las más apartadas edades.

El 1883 el conde Hugués tenía cincuenta años y continuaba soltero.

El mayor de los Bresson, el baron Noel, le daba ejemplo en esto.

Los dos hermanos, entonces inmensamente ricos, vivían en dos casas contiguas, construídas en la Avenida del Messine, sobre terrenos que formaban parte del beneficio obtenido en una operación de esas que sólo pueden emprender capitalistas cuyas cajas rebosan dinero.

El menor, Santiago Bresson, había contraído

matrimonio siete años antes con una huérfana de quien se había enamorado violentamente, al encontrarla en el salon de uno de sus amigos.

Al casarse tenía Santiago cuarenta años.

Los dos hermanos se amaban ciegamente.

Todo era común entre ellos, fortuna, afeción é ideas.

Habían vivido juntos en su casa de la calle Bergerie hasta el matrimonio de Santiago.

La futura, en cuyo obsequio se construyeron las casas de la avenida de Messine, ocupaba en ellas una habitación digna de una reina. Era de deslumbradora hermosura.

Hija de un coronel muerto en Sedan, Luisa Renaud sólo poseía algunos miles de francos y parecía condenada á una medianía próxima á la miseria cuando llamó la atención del riquísimo banquero.

Puede creerse que lo que en él la atrajo fué principalmente la fortuna.

Luisa Renaud era ambiciosa y experimentó alegría inmensa la noche en que Santiago Bresson, después de reflexionar algunos meses, le preguntó sencillamente entre dos valsees:

—¿Quiere usted hacerme el honor de concederme su mano?

El banquero merecía, no obstante, ser amado por su noble carácter y generosos sentimientos.

La joven llegó á ser el ídolo de los dos hermanos, ganó su confianza y reinó desde entonces soberanamente en la opulenta casa.

Dotada de superior inteligencia, supo ligeros delicadamente á aquellos dos hombres, que frecuentemente pasaban todo el día en su despacho, y que, por la noche, hababan en sus casas el orden más perfecto.

No ignoraba la amistad de los Bresson con el conde de Pielau y Jorge Renaudet. Los veía á menudo en sus recepciones, en las comidas de confianza ó en la habitación de su marido; pero no sospechaba el pacto que los unía y no los conceptuaba sino amigos un poco más afectuosos y queridos que los demás.

En la época en que da principio este drama, la baronesa Bresson se acercaba suavemente á los treinta años por un camino tapizado de flores.

La menor nube no había empañado la felicidad de los esposos: nunca la menor sospecha había empañado la reputación de la joven baronesa. Nunca había manifestado ésta deso que no hubiera sido satisfecho al instante.

Adorada por su marido, mimada por su cuñado, como hijo predilecto, podía pasar por la mujer más feliz y más digna de envidia.

Su belleza, por otra parte, iba en aumento, y la maternidad vivante desada por los dos hermanos, no defumaba aón su cuerpo de maravillosa frescura.

Brillaba en todo el esplendor de rubia, magníficamente hermosa, y rara vez se pronunciaba su nombre sin añadirle este epíteto: la hermosa señora Bresson.

Nadie lo merecía mejor que ella.

De elevada estatura, esbelta y fuerte á la par, blanca como un cisne, de cabellos rubio-claro abundantísimos, con ojos de un azul comparable al del más oscuro zafir, cutis deslumbrador, brazos y dientes magníficos, estaba formada para inspirar verdaderas pasiones.

Libre como el aire, iba por donde quería, gobernaba á su antojo su vida y su casa, segura de ser acogida por los dos hermanos con la amable sonrisa que le probaba el acrecimiento del poder que había sabido adquirir sobre aquellos dos poderes.

Santiago se creía y podía creerse smado, si no cen pasión, por lo menos el ceramente.

No podía más.

La astucia de la baronesa adormecía su suspicacia.

Era preciso un cataclismo para despertarle.

II

LA CITA.

El 26 de Febrero de 1863, por la noche, un cupé magnífico estaba parado en la plaza de la Opera ante un círculo que pasa por ser uno de los más lujosos y temibles garitos del mundo.

Un hombre, joven todavía, esbelto, de elevada estatura y que por su rápido paso parecía tener